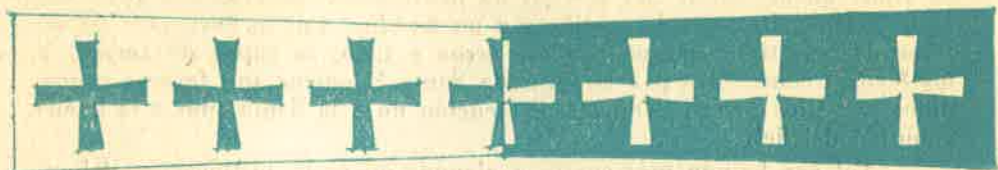


LA MISIÓN de



la PRENSA

Luis M.^a Alvarez-Ossorio, S. J.

A CUDAMOS por un momento a los datos, a esos datos impersonales y escuetos tan indispensables en nuestra civilización. En Francia existen diarios como *France-Soir* con 500.000 suscriptores, *Le Monde* con 200.000 y *La Croix* con 60.000. El semanario *Paris Match* cuenta con cerca de 2.000.000 de suscriptores y unos 10.000.000 de lectores. En Suecia, la tirada total de los diarios llega a 3.250.000 ejemplares, para una población de 7.300.000 habitantes. Holanda tiene tres millones de suscriptores en su Prensa diaria. En nuestro país el ritmo de crecimiento de las publicaciones y los lectores ha subido mucho últimamente, aunque sus cifras todavía acusen un nivel comparativamente modesto. En 1944 había 106 diarios, 137 revistas semanales y 457 mensuales; en total, 1.027 publicaciones. Hoy contamos 109 diarios, con una tirada de 1.800.000 ejemplares, y 1.768 revistas, con una tirada de ejemplares 8.141.333.

Datos de la Unesco de 1956 arrojan la cantidad de 30.000 periódicos en el

mundo, siendo de ellos 8.000 diarios. La tirada global de ejemplares es de 196.000.000 en los no diarios.

El cuarto poder

Era y es un tópico —por eso, muy fundado— admirar el influjo de la Prensa, su extraordinario interés, para el hombre actual. El periódico sirve esa expectación universal, rápida e incasante de los grandes públicos. Junto a las nuevas categorías de valores, donde el cine es el séptimo arte y el tiempo einsteiniano la cuarta dimensión, no está mal reservar aun para la Prensa, ese sobrenombre alusivo a su eficacia arrolladora. Aunque su influjo lo comparte con otros nuevos medios, la letra impresa parece absorber en su finos trazos, escondidamente, todo el peso de los poderes clásicos, la facultad de legislar, administrar, juzgar y decidir en apelación suprema. También ahora naufragan los proyectos de leyes, son sobreleídas las causas y se hace tarea de gobierno y de justicia por la tinta

NOTAS PARA EL DIALOGO

de los periódicos, por esas campañas de Prensa y por el silencio conscientemente buscado de la grey periodística; propaganda y noticia son armas casi decisivas.

La prensa, hoy

De ahí, lo doloroso que resulta constatar que esa enorme prensa de nuestros días desvirtúa su misión, en gran parte. Más quizás que nunca, la Prensa se orienta hacia un influjo negativo, apartada de su función típica: ser órgano objetivo y noble de la información, al servicio siempre de la ciudadanía y de los intereses mejores. La Prensa así puede realizar su importante tarea de formar y orientar la opinión pública. Por el contrario, cuando se coloca al servicio de los grupos partidistas hace traición a su misma esencia, y en la campaña organizada, en la noticia desvirtuada y tendenciosa, en el enfoque parcial, lleva el estigma de su envilecimiento. Desgraciadamente, cada vez nos encontramos más con esa realidad. (Incluso el Gobierno británico ha creído necesaria una investigación para salvaguardar la libre y auténtica misión de la Prensa, gravemente combatida). En estos casos la Prensa no refleja ninguna opinión libre, ni su voz es eco de aspiraciones rumorosas del pueblo de abajo hacia la autoridad de arriba: es una cinta magnetofónica servida de arriba a abajo por el abrigo confort de un gabinete. ¿Sólo de los gobiernos? ¿No de los gobiernos-dinero, gobiernos-ideas, etc.?

Bien conocen los hombres ese influjo bastardo de la Prensa, y los Gobiernos también. Una mera observación del Atlas político universal nos descubre la realidad de que para los países totalitaristas es deber primordial adueñarse de la Prensa. Por citar ejemplos claros, Fidel Castro y su "26 de julio" se han incautado de todos los diarios y semanarios de Cuba; en Rusia toda la Prensa cae bajo control y monopolio estatal. Pero el neto proceder de esos

países encuentra su equivalente en los métodos amañados de las democracias liberales. Aquí el Estado no ejerce acción directa, por lo común, pero las empresas periodísticas están bajo el absoluto dominio de las sociedades comerciales y de los partidos políticos, con sus ambiciones bastardas y sus intereses de facción.

Donde el procedimiento es más suave, pero de la directa responsabilidad del Estado, siempre se acude a la censura. Un recto uso de ella —amparadas las publicaciones por el estatuto jurídico correspondiente— es bien legítimo; es frecuente, sin embargo, un engranaje de censores con escasa personalidad, más cuidadosos de no suscitar problemas que de dar cauce a sanas indicaciones de la opinión: es el método mejor para matar en su raíz hasta las manifestaciones más necesarias e inocentes. Así se bastardea el sentido de la censura, ordenada al bien común y a la defensa de las personas y de los principios básicos del cuerpo nacional, la primera que debería dar alientos a cuantos hacen crítica constructiva de la gestión pública y exponen el sano sentir de los ciudadanos.

La preocupación del Papa

La Prensa tiene deberes muy elevados. Acaso, ante la amenaza actual, ninguno tan urgente como "Nunca traicionar la verdad", en frase enérgica de Juan XXIII a los periodistas. Consciente de encerrar en ella un programa completo, en sus dos años de pontificado el Papa no ha perdido oportunidad de dirigirse a la Prensa con un lema y una exhortación acuciante: la defensa de la verdad. Contra la deformación que promueven tantos enemigos del orden social, el Papa insiste una y otra vez en el servicio de la verdad por parte de la Prensa, en el deber de amar, respetar y dar la verdad. Y no ha vacilado en anteponer esta misión a la misma defensa del Evangelio y de la Religión, pues pedía a la Unión Católica de

la Prensa Italiana "la unión para defender y ayudar a defender la verdad, la justicia y la honestidad, antes incluso que la Religión y el Evangelio" (*Ecclesia*, 17-11-60). En el mensaje navideño de 1960 volvió a pedir a todos, especialmente a los hombres constituidos en responsabilidad, el pensar, honrar, decir y practicar la verdad.

El Papa se quejaba de los abusos de la Prensa, a la que no dudaba en alabar, en sí misma, como don de Dios, capaz de formar para el bien a la opinión pública. Y proclamar el deber de la verdad, a la que el cristiano no debe temer, pues expuesta con la inteligencia y la discreción que han de presidir todas nuestras obras, no perjudica ni escandaliza, sino que, aun en su misma crudeza, produce un efecto benéfico. "La verdad os hará libres", fue la profunda raíz de esta exhortación pontificia, como ya en esa frase de Jesucristo se basó San Pablo al pedir a los cristianos una acción "según la verdad en caridad".

El VI Congreso de Prensa Católica Internacional, en Santander, dio un cauce oficial a esos deseos vehementes del Papa. Decía en su primera conclusión general, sobre el periodista: "Proclamar como ley fundamental de su profesión, el amor y el respeto a la verdad, según el encargo de Su Santidad Juan XXIII".

Un ideal cristiano

El Sr. Obispo de Huelva, presidente de la Comisión Episcopal de Prensa, ha expuesto la naturaleza de la Prensa en densa síntesis:

"a) Informar a la opinión pública con la verdad, con objetividad respecto de la importancia relativa de los su-

cesos y con ecuanimidad en la forma de exponer los hechos y comentarios.

b) Contribuir a la formación de sana y verdadera opinión, no fabricándola, ni dictándola, ni imponiéndola de tal suerte que la opinión pública quede reducida a un conformismo dócil y ciego de ideas y juicios.

c) Captar, interpretar, expresar, fecundar y hacer pública la opinión pública, para que su voz auténtica sea oída, respetada y escuchada en su diálogo con el Gobierno como expresión de los ciudadanos honrados y conscientes y responsables de sus vinculaciones a la sociedad y al Estado" (*Hechos y Dichos*, abril 1960).

Para conseguir este ideal, se requiere, en la Prensa, el abandono del afán del sensacionalismo, del apasionamiento político, y también la vigilancia sobre la misma técnica periodística, a la que no debe sacrificarse, en aras de la rapidez, la exactitud y juicio de la noticia.

Por parte del lector, es indispensable una actitud serena, "en guardia" frente a la penetración tendenciosa, ingenua. Todo en la Prensa debe pasar por el tamiz de nuestra reflexión, teniendo en cuenta el matiz de la agencia y del periódico, el control de la censura y, sobre todo, la misma naturaleza del suceso que se expone. El hombre sensato debe habituarse también a saber leer entre líneas, porque lo que se insinúa o no se toca, muestra a veces la verdadera condición del escritor y de su empresa. De esta forma llegaremos a pensar con pensamiento propio, a saber distinguir lo sustancial de lo secundario de un hecho y a dejarnos ganar por una sensibilidad cristiana, que comparta las tragedias más lejanas y las anécdotas más mínimas, por su radical valor humano y espiritual.